

ANA FORNER

*Tan
irresistiblemente*
TÚ

Tan tú, tan nosotros, 1

booket

Ana Forner

Tan irresistiblemente tú

Serie Tan tú, tan nosotros, 1

Esencia/Planeta



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2021

Depósito legal: B. 13.242-2021

ISBN: 978-84-08-24781-4

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

La Rioja, octubre de 2019

Dicen que los recuerdos no son nada, solo vivencias del pasado, pero, para mí, son esos momentos que, minuto a minuto, van llenando la vasija de eso que llaman vida. La mía, mi vasija, está repleta de buenos momentos y todos ellos o, al menos, la gran mayoría están relacionados con mi carrera profesional.

Permíteme que me presente primero. Me llamo María Eugenia de la Rúa y soy la diseñadora de Dior; supongo que eso sería lo primero que verías si te asomaras a mi vasija —los desfiles, la moda, los viajes, las entrevistas, el lujo en el que me muevo y la gente *chic* con la que me relaciono a diario—, pero no siempre fue así y, si husmearas un poco más y te adentraras en ella, verías el esfuerzo y la tenacidad con la que he luchado año tras año hasta llegar a conseguirlo, pues empecé trabajando como dependienta de una tienda de *prêt-à-porter*, mientras estudiaba, y llegué a convertirme en la diseñadora de cabecera de la multinacional D'Elkann; justo ahí fue cuando mi vasija empezó a llenarse por algo más que trabajo, algo que flotaba por encima de todo, como hace el aceite con el agua, y que se negaba a diluirse o a desaparecer, como sigue haciendo ahora, a pesar del tiempo que ha transcurrido. Ese aceite que emerge sobre todo se llama Ciro Zabat, y hoy voy a reencontrarme con él.

«No te preocupes, no tienes que hablar con él, ni siquiera tenéis por qué coincidir; esta finca es grande y habrá muchos invitados», me digo, percibiendo el ligero temblor de mis manos, que viene acompañado de los latidos acelerados de mi corazón.

Inspiro profundamente, intentando recuperar la calma, esa calma que está ahí, escondida en alguna parte, a la espera de que la encuentre y me vista con ella. «Vamos, eres la diseñadora de Dior y estás acostumbrada a situaciones límite; esto no es nada, tranquilízate», me ordeno mientras deslizo la mirada por el espejo de cuerpo entero que tengo frente a mí... y puede que sea porque solo soy capaz de ver sus ojos, que atesoran las muchas tonalidades del mar, del azul del fuego y del infinito del cosmos, pero, pese a mis esfuerzos, no consigo verme del todo, como si su imagen fuera capaz de provocar interferencias hasta desdibujar lo que tengo delante. Interferencias, esas que no han desaparecido y que me llevan, en contra de mi voluntad, a él; al roce de sus labios sobre mi piel, a esa mezcla irresistible de ternura y sexo que proyectaba o a ese magnetismo al que no pude resistirme, a pesar de mis muchas reticencias.

«No tenía que haber venido», me riño, reacondicionando mis pensamientos para, casi al segundo, evadirme de nuevo, dejando de ver mi vestido de alta costura, diseño propio, por supuesto, para, simplemente, ver ese aceite que continúa flotando por encima de todo a pesar de mis intentos por hacerlo desaparecer. Un aceite de un tono dorado intenso, como el color de su pelo, y que tiene, como si de un aura se tratara, el azul de sus ojos; ese azul que podía variar y pasar del tono oscuro de la noche hasta al turquesa más fascinante... «ese azul y ese dorado que, de manera inconsciente, han terminado siendo los colores estrella de mi última colección, aunque eso él no lo sabe ni tiene por qué saberlo tampoco», pienso, deslizando la mirada del espejo hasta llegar a la ventana, desde donde se divisa el paisaje que fue testigo de nuestro primer encuentro y de nuestros primeros momentos y donde mi vasija empezó a llenarse de él y de todo lo que me hacía sentir: lo que emergía por encima de todo; mi aceite; mi mar; mi fuego; mi infinito... mi posibilidad, y, como si algo así fuera posible, entro en la espiral de

los recuerdos, que me engullen, como si fueran un agujero negro y yo una simple partícula que navegara en el universo. «Cuántas veces en el pasado me he referido a él como a mi agujero negro», discurro con tristeza, retrocediendo en los años hasta llegar a ese fin de semana...

«Al niño no le pongáis vino, que todavía no tiene la edad apropiada para beber», le dije cuando fuimos a esa casita, en medio del campo, para hacer una cata.

Recuerdo cómo mi cuerpo se tensó cuando percibí sus pasos acercarse a mí, lentos, cadenciosos y hasta podría asegurar que arrogantes, junto con su sonrisa, que llenaba su mirada del brillo resplandeciente del sol y que aclaraba el tono azul de sus iris, de por sí ya de un color imposible, porque nunca, jamás, había visto una mirada tan azul como la suya... y qué curioso que pueda evocarlo tan bien cuando ha pasado tanto tiempo. Puede que sea porque las emociones y los recuerdos nunca se borran del todo; siempre están ahí, listos para que puedas rescatarlos y volver a revivirlos, aunque, a veces, sería mucho mejor poder olvidarlos.

«Ricura, no puedo estar prestándote atención todo el rato; contrólate, ¿quieres?», replicó con voz rasposa, pegando su cuerpo a mi espalda, apoyando su barbilla en mi hombro y rozando el lóbulo de mi oreja con sus labios.

«Y mi piel se erizó y mi vientre se contrajo hasta casi dolerme, y, a pesar de mi gesto de fastidio, deseé más. Ricura, pelirroja... nunca me llamaba por mi nombre, y pasó de ser un niño insolente a medio hacer a convertirse en mi chico de anuncio y, más tarde, en mí... ¡Basta!», me ordeno, cortando el hilo de mis pensamientos, soltando todo el aire de golpe.

«Maldito sea Instagram y maldita sea yo, que no me pierdo ninguna de sus publicaciones o de sus *stories* —me lamento, rememorando cómo mi cuerpo vibraba con él y percibiendo el latido del dolor instalarse en mi garganta—. Hice lo que tenía que hacer —me reafirmo, sintiendo cómo mis ojos se llenan de lágrimas al ser consciente de lo mucho que viví a su lado, despertando de esta especie de ensoñación en la que me había sumido y que ha liberado mi llanto. Si ahora estamos en este punto es porque es lo que la vida nos tenía reservado.

«Ahora... Aprendí a vivir *mi ahora* a su lado y, maldita sea... ya es suficiente», me reclamo, frenando mis recuerdos con una voluntad de hierro, como hago cada vez que se desbordan en mi pecho o en mi mente, que es bastante a menudo últimamente, y, sí, es cierto, puede que yo hiciera lo que tenía que hacer, lo mejor para mí en ese momento, pero también es cierto que perdí más que gané.

«Se acabó, ya está bien», me exijo de nuevo, llenando mis pulmones de aire, sin poder alejar mi mirada de la ventana, viendo, a través de ella, y esta vez de verdad, la cordillera Cantábrica, que parece dominarlo todo junto a los viñedos, que, a sus pies, se encuentran cobijados por ella.

«Yo cuido de ti y tú cuidas de mí. Tan fácil como eso. Sí o no, ¿qué dices?», rememoro con dolor, imaginándolo otra vez frente a mí. Malditos recuerdos que se niegan a desaparecer; malditos recuerdos que me atrapan una y otra vez; malditos recuerdos que me llevan continuamente a ese pasado que no logro olvidar. «Siempre me sentí protegida y cuidada a su lado», reconozco, dejando de frenarlos para consentir que me envuelvan con el invisible abrazo de la añoranza, para permitir que su mirada azul turquesa se filtre a través de ellos y para volver a sentir sus brazos rodeando mi cuerpo. Y hoy voy a verlo de nuevo porque, por mucho que me diga que esta finca es grande, no es lo suficientemente inmensa como para evitar nuestro encuentro.

«Aquí empezó todo y aquí estamos otra vez», concluyo, inspirando con fuerza cuando mi corazón comienza a acelerarse ante la posibilidad de verlo y, por enésima vez, me dejo arrastrar por esa espiral de momentos compartidos que hoy no deja de emerger a la superficie y que me lleva irremediablemente a ese fin de semana...

—Estás hecho un desastre —oigo mi voz a través de ellos.

—Cierto, ¿quieres ayudarme tú a solucionarlo? Si me desvistes y juegas un poquito conmigo, luego dejaré que me vistas y hasta que elijas mi ropa —replicó, y qué reales pueden ser nuestros recuerdos, porque ahora estoy allí, disfrutando de su voz, tentadora, caliente y resbaladiza.

—¿Acaso tienes seis años? —La mía, tan a la defensiva como lo estaba mi cuerpo.

—Te aseguro que los críos de seis años no juegan a mis juegos, pero tú sí que podrías jugar, ¿qué me dices?

—Que eres un crío, eso es lo que digo —le respondí, alzando el mentón mientras todos a nuestro alrededor guardaban silencio, expectantes—, y, para que te enteres, a mí me van los hombres de verdad, no los niños insolentes a medio hacer. —Esa fue la primera vez que lo llamé de ese modo y, sin darme cuenta, esbozo una sonrisa.

—Ricura, te aseguro que con este niño insolente a medio hacer te lo pasarías en grande. Vamos, ¿juegas o no?

«Por supuesto que me lo pasé en grande, pero no solo eso, fue mucho más... como esa canción, como lo que tuvimos y como lo que sentimos —reconozco con tristeza—. Y dejamos que desapareciera como esa frase que él escribió con conchas sobre la arena y que el agua fue lamiendo y desdibujando», pienso, secando esa lágrima que con una rapidez asombrosa ha escapado de mis ojos.

«Ya está bien. Ya has recordado demasiado. Ya has llorado suficiente y ya lo has añorado en exceso —me reprendo con firmeza, recomponiendo mi rostro—. Eso pasó, fue una etapa de tu vida en la que fuiste inmensamente feliz, pero pasó, y ahora eres otra, como posiblemente él será otro, y todo esto no tiene cabida en la actualidad», me sigo riñendo, dirigiendo la mirada de nuevo hacia el espejo y a mi reflejo.

«Qué maravilla de vestido y qué orgullosa me siento de todo lo que he ido consiguiendo», asumo mientras observo la prenda, que, como toda la colección, es una oda a la feminidad y que rinde homenaje a los elementos de la naturaleza, evocando el poder de las mujeres. «Diosas y semidiosas creadoras de vida; ese es el hilo conductor de la colección, en la que las plumas y los bordados inspirados en la mitología griega se llevan todo el protagonismo», pienso, deslizando los dedos por uno de los pequeños ocelos bordados sobre el tul marfil del vestido y que abarcan las tonalidades de sus ojos, azul oscuro por el borde y en el centro y el turquesa más fascinante entre ambos.

Y así fue cómo lo diseñé; primero, el color de sus ojos; luego, la pluma con el color de su pelo. Un ocelo junto a otro, hasta llenar el tul de él y de su mirada... «Una mirada que, como

el aceite, se resiste a diluirse o a desaparecer», medito, recordando ese libro que leí entre sus brazos. *Rebeca*. «Él ha sido el protagonista indiscutible de mi vida, como Rebeca lo es en esa novela, porque, a pesar del mensaje de esa camiseta que yo diseñé hace ya tanto, o de mis palabras o mis intenciones, ha estado presente en cada momento de estos últimos años sin necesidad de hacer acto de presencia —admito, ensombreciendo el gesto—. Qué feliz fui y qué fácil resultaba todo a su lado, tan fácil como subir los pies descalzos al sofá de casa, tan natural como respirar, tan sencillo como vivir», divago con dolor.

—Estás alargando el momento y lo sabes —me riño en voz alta, sin dejar de acariciar el ocelo, deteniendo la mirada en el delicado bordado dorado que simula la pluma y maldiciéndome por dentro porque yo no soy así; yo enfrento las situaciones encarándolas, no me encierro en una habitación, por muy bonita que sea, por miedo a lo que sienta cuando me sumerja de nuevo en el azul de sus ojos—. Suficiente —añado, inspirando con fuerza y saliendo de mi cuarto tras coger mi *clutch*, donde he guardado esa pequeña concha que siempre llevo conmigo... a pesar de que debería quitarla, incluso tirarla, solo que, por alguna razón que no entiendo, no lo hago y continúa conmigo desde ese día en el que él la puso en mi mano.

—¿Puedo pasar? —pregunto con voz firme, dando unos suaves toques en la puerta de la habitación de mi amiga, haciendo a un lado mis recuerdos.

Valentina Domínguez. La reina del hielo. Mi musa. Mi amiga y una de las mejores modelos de todos los tiempos... y va a dejarlo todo por amor. «Menuda estupidez», sentencio para mí, siendo la María Eugenia que me gusta ser y no la María Eugenia de la habitación que sigue llorando por esa posibilidad que dejó atrás.

—¡Claro que sí! ¡Adelante! —oigo que me indican desde el otro lado, y entreabro la puerta para encontrarme con ella y con Alana, su hermana.

—Pensaba que ya estarías vestida —comento, esbozando una sonrisa, para luego cerrar la puerta y contemplar el vestido que, todavía en la percha, se halla colgado de un saliente del armario.

—Nos hemos puesto a recordar viejos tiempos y aquí seguimos —me dice, feliz, mientras deslizo la mirada por la estancia.

Seguro que él fotografiaría esto... a Valentina ya peinada y maquillada, ataviada con una bata de seda blanca; a su hermana, ya lista, esperando para ayudarla a vestirse; el tocador de madera oscura, donde descansa una foto de mi amiga, siendo niña, en brazos de su madre fallecida; las copas de *champagne* sobre una bandeja de plata y las flores frescas, de múltiples colores, colocadas en un jarrón de cristal en un extremo del mueble; la cama de hierro forjado; las guirnaldas que decoran el cabecero; la colcha verde y los cojines blancos, a juego con las cortinas. Sí, sin lugar a duda, él fotografiaría esto.

—¿Me ayudas a ponérselo? —me pregunta Alana, yendo hacia el vestido, y la sigo para admirarlo mejor.

—Es precioso y perfecto para ella y el entorno —la halago, pues ha sido ella la diseñadora—. Enhorabuena —la felicito con afecto, pues sigo sus pasos de cerca, desde que la conocí ese fin de semana, cuando Valentina nos ofreció esta finca para hacer reportajes, y me gusta mucho el rumbo que está tomando su carrera.

—Gracias —me contesta con orgullo, descolgándolo—. Venga, vamos al lío —le propone a su hermana, y siento la felicidad llenarme por dentro, pues he vestido a Valentina para multitud de eventos y, hoy, voy a ayudarla a hacerlo para su evento más importante: su boda con Víctor, ese hombre al que nunca pudo olvidar y que formó parte de su vida, siendo recuerdo, durante los años que fue modelo.

Como él ha formado parte de la mía, pues me ha acompañado sin saberlo durante todos estos años... A todos aquellos que aseguran que los recuerdos no son nada, yo les diría que lo son todo. Son presencia, porque, a través de ellos, puedes sentir a tu lado, en cierto modo, a la persona añorada. Son calma cuando te llevan a revivir momentos bonitos. También pueden ser virulentos y excitantes, incluso tempestuosos o dolorosos, pero siempre son algo, porque tienen la capacidad de agitarte y de llevarte de vuelta a ese pasado no olvidado, para sentirlo y revivirlo de nuevo, aunque sea ya en forma de recuerdos.

—Sigo sin creer que vayas a casarte —comento, obligándome a hablar al percatarme del silencio en el que me había sumido—; o estás loca o muy enamorada para dejarlo todo estando en la cumbre —insisto con cariño.

—Puede que ambas cosas y, en realidad, no voy a casarme, van a anillarme —matiza, y me obligo a fingir fastidio poniendo los ojos en blanco.

«Fingir, algo que voy a hacer mucho durante el día de hoy», reconozco con tristeza.

—Ya te he pedido antes que ni me lo menciones —le recuerdo, pues, cuando he llegado a la finca, ya ha utilizado esa expresión—. Por si no te ha quedado claro, yo solo permito que me anille Dior y, ¡por Dios!, esa expresión es tan horrorosa... ¡ni que fuera un caballo o una vaca que hubiera que marcar! —exclamo con vehemencia, y qué bien se me da esto de fingir.

—Me parece que hoy más de uno va a tener que saldar deudas —insiste, sonriendo, consiguiendo que esa espiral de recuerdos me engulla de nuevo, como no ha dejado de hacer desde que recibí la invitación a la boda.

—Estoy practicando, ricura. Ya sabes ese dicho... si ves a un hombre cargado, no le preguntes si está casado —me dijo, burlón, precisamente cargando mis maletas.

—¡Oh, my Diorrrrr! ¡No pienso casarme contigo, nunca! ¡Solo me faltaría eso! —le contesté, completamente horrorizada.

«¡Oh, my Dior!, qué pocas veces utilizo esa expresión ahora, cuando antes siempre la tenía en los labios, y ni siquiera sé en qué momento empecé a sustituirla por otras —pienso, solapando mis recuerdos con mis pensamientos—. Puede que lo hiciera cuando me convertí en la diseñadora de esa firma y mis modales se volvieron, si cabe, más refinados, quién sabe... he cambiado tanto», reconozco, permitiendo que esa espiral me engulla hasta alejarme de esta habitación.

—¿Qué nos apostamos? —oigo de nuevo su voz. Tan seguro de sí mismo. Tan vacilón. Tan irresistible.

—¿Lo dices en serio? —le formuló Dante, uno de los fotógrafos que nos acompañó ese fin de semana.

—Joder, y tanto. —Y, a pesar de los años que han pasado, todavía tengo vívidos detalles que debería haber olvidado, como el brillo de su mirada, divertido y decidido a la vez; su sonrisa, llena de peligro, pero no de un peligro del que quieres huir, sino de uno que deseas vivir, y, sobre todo, recuerdo mi frustración porque, a pesar de mis palabras y de mis gestos, no podía evitar mirarlo o, incluso, meterme con él, y no para fastidiarlo precisamente.

—Vais a perder como apostéis a favor de esa estupidez —les aseguré, y eso es de las pocas cosas que ahora comparto con la María Eugenia de entonces.

—Quinientos pavos a que te casas con ella —soltó Dante, sorprendiéndome, porque, sinceramente, lo hacía más inteligente.

—¡Quinientos a que no! ¡¡¡No pienso casarme con él!!!

—En unos años la tengo anillada —les aseguré, rotundo.

Ese día fue la primera vez que oí esa expresión. Y no solo apostó Dante, sino que también lo hizo Pilar, la responsable de publicidad y marketing de D'Elkann, «y ambos han perdido, porque está claro que no lo ha conseguido», me digo, percibiendo las punzadas del dolor instalarse en mi garganta cuando los recuerdos llegan de nuevo junto con el sonido de esas olas que esa tarde nos acompañaron.

—Eso está olvidado ya —le garantizo a mi amiga, saliendo de esta espiral para regresar al presente de esta habitación—. No tengo intención de saldar deudas con nadie, y mucho menos de retomar un tema que no me interesa en absoluto —pro-sigo, regresando, en contra de mi voluntad, a esa playa con forma de concha y viéndonos a nosotros en ella...

—Cierra los ojos.

—¿Para qué? —le pregunté con desconfianza.

—Tú ciérralos, pelirroja; solo dos minutos, venga.

«Malditos recuerdos que hoy no dejan de aflorar. Maldito aceite que se niega a diluirse o a desaparecer», farfulto mentalmente con dolor, dirigiéndome al mueble para coger una copa de *champagne* de la bandeja de plata. «Un *champagne* que esa noche bebimos de nuestro cuerpo... —rememoro, sintiendo las gotitas de agua de la copa fundirse en la yema de mis dedos—,

donde yo sentía su respiración —sigo castigándome, antes de poder frenarlo—. Esto va a ser más complicado de lo que pensaba», reconozco mientras oigo de fondo la voz de Casilda, el ama de llaves y algo así como una madre para mi amiga, que acaba de llegar.

—Pero ¿todavía no te has vestido? ¡Será posible! ¡Venga, que se hace tarde! ¡Si es que siempre igual! —refunfuña, y sonrío—, siempre bregando con unos y con otros. ¿La viste tú o lo hago yo? —le pregunta a Alana con decisión, y me apoyo en el tocador, haciéndome a un lado, ya que, en realidad, quien debe vestirla es ella y no yo, pues en cierto modo ocupó el puesto de su madre cuando la suya murió—. ¡Venga, trae! —le pide con ímpetu a Alana.

—De eso, nada, que este vestido es muy delicado, ¡quita! —le replica ella mientras me acerco a Valentina para hacerme con la bata que se ha quitado—. Ayúdame tú, María Eugenia.

—A ver si te crees que no sabría hacerlo —le rebate, poniendo los brazos en jarras.

—Por supuesto que sabrías, Casilda Martínez de la Nuez, aunque no sepas beber nuestro vino —interviene mi amiga, feliz, arrugándole la nariz, mientras Alana y yo empezamos a ponerle la prenda.

—Ya estamos otra vez con el vinito de las narices —le dice, y sonrío abiertamente.

—¿Sigues mezclándolo con gaseosa? —indago, pues, cada vez que he comido aquí, ese tema ha salido a colación.

—Sí, sigue cometiendo sacrilegio una y otra vez —afirma Alana, sonriendo.

—Si es que no hay forma de que aprenda —remarca Valentina, mirándola con cariño.

—¿Qué queréis? Ya os he dicho miles de veces que ese vino que hacéis está fuerte. No puedo con él y ¡chitón! —les ordena con brío, deteniendo la mirada en la novia, ahora que lleva ya el vestido puesto—. ¡Ay! Qué guapa estás, hija. ¿Recuerdas aquella vez que te dije que *cada cassoleta té la seua tapadoreta*? —le pregunta, haciendo a un lado todo su carácter para empezar a emocionarse.

—Claro que lo recuerdo —musita Valentina, atesorando las lágrimas en sus ojos y reteniéndolas para evitar que fluyan.

—Y hoy vas a casarte con él —susurra, acunando las manos de mi amiga con las suyas—. Enhorabuena, hija.

—Gracias, Casi. Gracias por estar en mi vida y por cada consejo que me has dado; aunque mezcles nuestro vino con gaseosa, te quiero un montón —le confiesa Valentina, con la emoción cercando sus palabras, fundiéndose en un abrazo con esta mujer que tan importante ha sido y es para ella.

—¡Hala! ¡Ya me has hecho llorar! Con el rato que ha echado tu amiga poniéndome guapa para que ahora termine llorando a mares —le dice, sacando un pañuelo de su bolso para secarse las lágrimas, mientras llaman a la puerta.

—¿Se puede? —oigo una voz femenina al otro lado. «Ada, creo que se llamaba», rememoro a toda prisa.

—¡Adelante! —la invita a entrar Alana mientras termina de abrocharle los botones del vestido a Valentina.

—Estás preciosa —la halaga cuando accede a la habitación, acercándose a ella, y, sí, la verdad es que está increíble.

Mientras ellas hablan, me evado de nuevo, como llevo haciendo desde que he llegado a esta finca.

—Piérdete, ¿quieres? —le exigí, dándole la espalda para alejarme de él, solo que quedó en eso, en un mero intento, cuando él me aferró por la cintura.

—Contigo me perdería hasta en el infierno —me aseguró con voz ronca, rozando mi oreja con sus labios y pegando su pecho a mi espalda—. Unos años, ricura; solo unos años, recuérdalo.

—Que me sueltes, niñato —le pedí entre dientes, posando mis manos sobre las suyas para librarme de su abrazo.

Sin molestarse en contestarme, y con un movimiento fluido, me dio la vuelta hasta dejar mis pechos adheridos a su torso, permitiéndome ver el mar en su mirada... un mar lleno de corrientes y de peligro. Creí que iba a besarme; quería que lo hiciera, pero, en lugar de eso, me soltó.

—Nos vemos, ricura.

—¡Vamos a hacernos un *selfie*! ¡Venga! —propone Alana, y regreso otra vez a este presente que no estoy disfrutando tanto como debería mientras ella saca su móvil y todas nos colocamos alrededor de Valentina.

—¡Por la novia!

—¡Por la novia! —secundamos todas.

—No puedo creerlo. —Él, y mi corazón empezando a latir furioso dentro de mí, creando su tam-tam particular—. Ricura, que os hagáis un *selfie* con tantos fotógrafos invitados a tu boda debería ser pecado —le dice en inglés, apoyándose en el marco de la puerta con total despreocupación. Tan arrogante como siempre. Tan despreocupado como era. Tan sexy. Tan irresistiblemente él.

Tiene la mirada fija en Valentina; la ceja, enarcada; la media sonrisa, lista para ensancharse; el pelo rubio, más revuelto de lo habitual; la barba, recortada... «Esa barba que un día, desnuda y entre risas, le afeité —rememoro mientras mi mirada baja de su rostro a su cuerpo. Ni siquiera se ha molestado en ponerse un traje y simplemente lleva una camisa negra con unos pantalones de pinzas a tono, y está imponente—. Mucho más que entonces y mucho más de lo que se aprecia a través de Instagram», reconozco, deseando que me mire y atraer su atención. Y yo era la que quería evitarlo cuando solo deseo que nuestras miradas se encuentren de nuevo.

—¡Pues también tienes razón! —oigo que le responde mi amiga, rebosando felicidad por todos los poros de su piel, y, cuando oculta su mirada tras su cámara, siento cómo esa vibración que llegaba cuando estábamos juntos regresa de nuevo para envolvernos, solo que no lo hace sola y viene acompañada por los recuerdos, por la añoranza y también por la decepción. Pero eso, entre nosotros, no resulta ninguna novedad.

—Fingid que no estoy —nos indica, como si algo así fuera posible, sacándonos la primera fotografía, y siento cómo algo dentro de mí se sacude con fuerza, negándose a vivir esto... su indiferencia.

—Valentina, cielo, te espero fuera. Ya sabes que yo soy más de estar con adultos —suelto, incapaz de callarme, empleando el mismo idioma que ha usado él, echando a andar hacia la puerta y hacia su cuerpo y, sí, puede que quiera atraer su atención, pero también quiero marcharme lejos de él y de todo lo que ha traído de vuelta con su mera presencia y unas cuantas frases... tan cerca de mi orilla, pero a la vez tan lejos

de ella que ni siquiera puedo rozarlo con la yema de los dedos.

Veo cómo sonrío con dureza, dirigiendo su rostro hacia mí, permitiendo que atrape los colores del mar, de un azul acerado que me impone, como él, y que incrementa el latido del dolor que tengo instalado en la garganta, porque siempre voy a quererlo y siempre va a detener mi mundo con su mirada o con su presencia.

—Nos vemos de nuevo, pelirroja —me dice con total despreocupación, esta vez ya en español, y, si yo creía que recordaba el tono de su voz cuando hablaba conmigo, no podía estar más equivocada.

—Eso parece; por suerte solo serán unas horas. ¿Me dejas pasar? —le pregunto con frialdad, cubriendo mis sentimientos con el manto de la indiferencia.

«Si esto es lo que nos tenía reservado la vida, vaya mierda de sorpresa», me reitero, tan segura como que no voy a saber manejar todo esto que siento creciendo dentro de mí.

—Faltaría más —me contesta, utilizando la misma frialdad con la que yo me he dirigido a él, apartándose.

Evito su mirada como evito rozar su cuerpo, sintiendo mis deseos más latentes que nunca llegar para zarandearme, «porque, maldita sea, sigo deseando atrapar su atención, sigo ansiando sus labios y sigo deseando recuperar todo aquello que tuvimos y perdimos. Y, aunque es cierto que he conseguido todos mis objetivos, dejé lo más importante, a él, por el camino», constato, incrementando el ritmo de mis pasos para salir cuanto antes de aquí.

—¿A dónde vas con tanta prisa? —me intercepta Pedro, el padre de Valentina, cuando casi me doy de bruces con él en las escaleras.

—Lo siento —me disculpo, recomponiendo mi rostro y aferrando la barandilla con ímpetu—. Oye, estás impresionante —lo halago, pues no tengo respuesta alguna para su pregunta.

—Muchas gracias y, si me lo permites, tú estás preciosa —me devuelve el cumplido, y le dedico una sonrisa.

—Gracias, de nuevo, por permitir que me aloje aquí en lugar de en la casita de inviados —insisto, pues, sinceramente,

creo que no hubiera sido capaz de compartir el mismo techo con él.

—Las puertas de esta casa siempre estarán abiertas para ti. Todos queremos que te sientas cómoda. Lo sabes, ¿verdad? —me plantea, y asiento con la cabeza, cuestionándome hasta dónde sabrá, pues nunca he comentado con nadie, ni siquiera con Valentina, lo que sucedió entre nosotros, y mi amiga me ha contado que él nunca le habla de mí—. ¿Valentina ya está lista? —inquire, cambiando de tema.

—Sí, y está más preciosa que yo. Ve a verla, te está esperando —le digo con afecto, posando la mano sobre el brazo de este hombre que es pura sabiduría y que captó lo nuestro al vuelo ese fin de semana.

—María Eugenia, ¿está todo bien? —me plantea, y detecto la preocupación en los miles de matices que desprende su voz.

—Claro que sí —le miento, zafándome de su mirada y de él.

Inspiro profundamente cuando salgo de la casa y los rayos del sol me dan de lleno en el rostro. «Qué mal lo he gestionado —me recrimino—, pues había un universo de posibilidades frente a mí y yo he elegido la peor de todas, como la última vez, cuando nos vimos», admito, sintiendo el aire puro llenarme por dentro.

Qué fácil me resulta gestionar mis sentimientos lejos de él, en París, desde la *maison*, en la avenida Montaigne, donde su voz suena ligeramente distorsionada, donde su mirada no tiene la fuerza necesaria para engullirme o donde su olor y su presencia son como una sombra incapaz de sacudirme. «Sí, qué fácil es vivir así», reconozco, echando a andar hasta llegar al lugar donde mi amiga contraerá matrimonio con Víctor... en el jardín de la finca de su familia, junto al hombre que la vio hacerse mujer. Ella fue modelo, la mejor, queriendo esto. Yo soy diseñadora, la mejor también, queriéndolo a él. «Valentina renunció al mundo de la moda y eligió el amor. Yo renuncié al amor, eligiendo las garantías que me ofrecía el mundo de la moda», reflexiono, posando mi mirada en la enorme encina, bajo la cual hay un corazón hecho con pétalos de rosa blancos.

«Yo veo moda allá donde miro. Veo bocetos. Veo color. Veo texturas. Ella solo ve amor, el que siente por Víctor, y no teme

arriesgarse, por eso nuestras decisiones han sido tan distintas», pienso, sentándome en una silla mientras capto de reojo a Nick Klain, uno de los mejores fotógrafos de nuestro sector, que charla con Dante, con Víctor y con otro hombre al que acompaña un niño. Hay tantas opciones en la vida, y todas son válidas si te hacen feliz. Yo soy feliz. Tengo lo que siempre quise tener, solo que hay momentos, como este o muchos otros, en los que echo de menos otras cosas... a él e incluso, a veces, a la María Eugenia que fui cuando estaba a su lado; una María Eugenia despreocupada, que aferraba su cintura con fuerza cuando subía en su moto; una María Eugenia apasionada, que gritaba y que se retorció entre sus brazos y que vio, desnuda, el atardecer y luego el amanecer junto a su cuerpo en ese pequeño hotel de Asturias... esa luna y ese sol que he plasmado en un diseño de mi última colección de alta costura y que ha recibido multitud de alabanzas. «Esa luna y ese sol que yo tengo dentro; el sol, iluminando mis alrededores más cercanos, y la luna, luchando por hacerse ver por encima de ellos», discurro, bajando la mirada hasta el pequeño ramillete de flores anudado con un cordón en la silla que tengo frente a mí, y, sin percatarme, me dejo arrastrar por esa espiral de recuerdos que hoy no deja de aflorar para llevarme lejos de aquí, a ese primer año en París en el que mi vida podría haber cambiado de nuevo si yo lo hubiera permitido, solo que no lo hice, y, con mi decisión, empujé el aceite hasta el fondo de la vasija, hasta que encontró la forma de volver a subir otra vez y he tenido que convivir con ello, con ese aceite que nunca termina de diluirse ni de desaparecer y que siempre está ahí, revelándome lo que pudo ser y lo que pude tener.

Me obligo a recomponer el rostro y a cubrirlo con la máscara que utilizo cuando no deseo mostrar lo que siento al verlo salir de la casa y, por Dios, su mera presencia es capaz de eclipsar la del resto de los presentes, ya no solo por su increíble físico, sino por la seguridad que emana de cada uno de sus movimientos y esa fuerza que se desprende de ellos, «la misma con la que me alzaba», me castigo, alejando la mirada de su cuerpo para dirigirla al frente.

«Si yo me conformase, tú no estarías aquí sentada, pero, si después de luchar por ti, no lo hubiese conseguido, lo hubie-

ra aceptado y hubiera seguido con mi vida. Hay una diferencia abismal entre conformismo y aceptación», rememoro con dolor.

«Y por supuesto que ha seguido con su vida», me digo, volviendo a esa mañana en esa terraza... y no debería dolerme tanto. Maldita sea, estoy deseando regresar a París y dejar de sentir las punzadas del dolor clavarse en mi garganta con saña.

Me levanto en cuanto empieza a sonar *Right here waiting*, de Richard Marx. «Vaya, no podrían haber elegido una canción más acertada —pienso mientras siento cómo algo dentro de mí se agita—. Nosotros no nos hemos esperado —constato con tristeza—, y seguimos con nuestra vida como si no hubiésemos formado parte de la del otro, como si no nos hubiéramos fusionado en un solo cuerpo, impregnando al otro con parte de nuestra esencia, o como si no hubiese sido especial y único», y entonces me rindo a mis deseos: me doy la vuelta y me encuentro con su mirada; una que me engulle, como tantas veces hizo en el pasado, y me dejo ir, dejo de resistirme para girar sobre su eje gravitatorio y permitirle a mi yo más íntimo, ese que sabe lo que quiere, ir a donde quiera ir.